

GRAMÁTICA Y LINGÜÍSTICA

P o r J . G O N Z A L E Z M O R E N O

I. CRITERIO GRAMATICAL

CRITERIOS diferentes son el del gramático y el del lingüista. El gramático pretende *cristalizar, congelar* el rumoroso y espléndido torrente del lenguaje, que ya se precipita de lo alto de una roca, ya forma remansos apacibles, ya se desliza, suavemente, para volver a saltar y a correr, hasta confundir sus aguas con las aguas del río "que va a morir en la mar".

El arte del gramático es el arte del disecador. Empuña el escarpelo y desmiembra cadáveres. Solemnemente examina las distintas partes y rigurosamente las clasifica. Colócalas, después, en las frías vitrinas de su lóbrego museo, en la *morgue* silenciosa de las palabras muertas, conservadas por el soplo helado de doctrinas fosilizantes.

El gramático quiere que permanezca inmóvil lo que, por su misma esencia, es mudable; intenta que la palabra se petrifique fonética, morfológica y semánticamente; exige que la sintaxis de la frase y de la oración sea idéntica en todos los tiempos. Y de aquí provienen, como corolario, las denominaciones absurdas y las definiciones incorrectas, el moldeamiento forzoso de la conjugación romance en la conjugación latina, la protesta contra la introducción de neologismos en nuestro léxico, el desprecio a las innovaciones populares, la mala comprensión de los fenómenos psicoanalógicos, la confusión entre las admirables creaciones del pueblo y la ilógica de la patología verbal, el entronizamiento de doctrinas sin base científica, pero ampulosas, dogmáticas, propias de un dómine del medievo.

Otra es, sin embargo, la realidad, la sucesión armónica de los hechos. El altivo legionario que conquista a Hispania pronuncia, orgullosamente, v. g., la palabra *apícula*. El hispano conquistado, menos vigoroso que el romano, suaviza, inconscientemente, la "p" intervocálica, y dice *abícula*. Siglos más tarde, dentro del mismo latín, viene la *abreviación postónica*, y *apícula* (*abícula* en Hispania), pierde la vocal de su penúltima sílaba: *apicla, abicla*. Al desaparecer la *cantidad vocálica*, es decir: al borrarse la diferencia, en tiempo, que existía entre las vocales breves y las

largas, surgen nuevos sonidos en el latir del pueblo y la "i" breve, acentuada, se convierte en "e": *apicla, abicla = apecla, abecla*. Estamos en el siglo II después de Jesucristo. En cinco siglos la palabra ha evolucionado de una manera *gradual, insensible, por etapas sucesivas, sin solución de continuidad*. Las igualadas *apícula = abícula = abicla = abecla*, son insuficientes para representar la *infinidad de matices fonéticos* que tuvo ese vocablo, en los cinco primeros siglos de su existencia hispanolatina.

Posteriormente, al terminar la fase romana primitiva, que es la que hemos simbolizado con las últimas ecuaciones del ejemplo anterior, fase evolutiva que fue común a toda la *Romania*, a todo el mundo latinizado, se divide la tendencia lingüística, acomodándose a las nuevas circunstancias históricas. Así, por ejemplo, en Galia y en Hispania, el grupo latino romance *c' l* transforma su *c* en *yod* (*i* consonante), suprimiendo, poco a poco, el fonema "l": *abeia*, que llega a ser *abeja* en el moderno español.

Y conste que sólo hemos hablado de la *evolución fonética*, omitiendo la *simplificación morfológica*, tan importante y trascendental en la génesis lingüística, y que nada decimos de la *mutación semántica*, que desvanece, en el romance, el valor diminutivo de *apícula*.

El idioma no es, pues, "algo" *estático*, como juzgan los gramáticos. Es, por el contrario, "algo" *dinámico*, que se desarrolla en el espacio y el tiempo. Las represas que se opongan a su corriente podrán detener, por algún tiempo, su carrera, pero nunca contenerla o anularla definitivamente.

Lengua que se estanca, que se detiene en su evolución, es lengua que muere. Usando de otra semejanza, diremos que el lenguaje es un organismo vivo que reside en un ser vivo. Y es un axioma el que *vida* y *evolución* son dos expresiones de una misma realidad objetiva.

Criterio acientífico, en contradicción con la lógica de los hechos; afán de considerar como muerta una cosa que vive, como inmóvil una cosa cambiante, como idéntica a sí misma una entidad polimorfa: he aquí la característica de la escuela gramatical *clásica*, de la teoría gramatical aplicada rigurosamente a una lengua viva.

Porque la *norma* para nuestros gramáticos es la *aceptación* incondicional del vocabulario clásico, fijado caprichosa y rutinariamente por la Academia Española de la Lengua, a pesar de los siglos que nos separan de los clásicos y no obstante la tendencia dialectal y renovadora que se observa en el español de América. En este capítulo sólo se consigna, en el Diccionario de la Academia, a guisa de benévolas concesiones, uno que otro provincialismo o palabra de procedencia autóctona. Norma es, también de los gramáticos el purismo, el desprecio absoluto a toda palabra popular y la resistencia al empleo de la voz extranjera, o simplemente no castiza, aunque esa voz sea indispensable para la más clara o más rápida manifestación de una idea nueva, o de nuevas relaciones entre las ideas existentes.

II. CRITERIO LINGÜÍSTICO

Todos los fenómenos idiomáticos son *hechos* para el lingüista, hechos que recoge con cuidado y que cataloga cronológica, topográfica y distributivamente.

El criterio es *amplio, racional y objetivo*. El lenguaje moderno español se compone, para el lingüista, de palabras tradicionales, fuertemente evolucionadas, aprendidas por el pueblo hispánico hace más de dos mil años y legadas a las diversas generaciones, que las han conservado en su esencia y modificado en su aspecto. Consta, además, de reproducciones *literales* de vocablos extranjeros: latinos, griegos, árabes, germanos, romances, etc. Estas voces son *imágenes* o *fotografías*, en español, de palabras extrañas al castellano, algunas veces ligeramente retocadas. Por último, otra parte del léxico está constituida por palabras *introducidas tardíamente* o *influidas por la pronunciación erudita* y que el pueblo sólo ha modificado en determinados respectos.

Supuesta la *cronología* de la palabra, es imprescindible, para el conocimiento íntegro del idioma, el estudio de la *distribución topográfica* y aun *clasista* del vocabulario.

Porque el tesoro léxico del pueblo varía según las diversas regiones del dominio lingüístico español y según las clases sociales que hablan el mismo español. Y, así, la evolución fonética y morfológica se retarda en algunas zonas, mientras corre, sin freno, en otras. Una es la pronunciación tabasqueña, por ejemplo, y otra, la pronunciación jalisciense.

Además, *el número y la calidad* de las palabras empleadas depende de factores muy complejos. Pueblos enteros de nuestra República, alejados de las grandes capitales, y *degradados biológica,*

ética y económicamente; apenas si balbuten dos o trescientas palabras: las estrictamente necesarias para su vida primitiva y lamentable. Con silabeo lento y trabajoso nos dicen expresiones anquilosadas, símbolos de ideas puramente concretas, de objetos materiales casi siempre, dicciones sin evolución, sin vida, que guardan dolorosa armonía con su existencia, que se desliza, también casi sin vida, desde hace centenares de años.

Por el contrario, en regiones donde han progresado la ética, la biología y la economía, se habla un español infinitamente menos pobre. Al lado de la voz genuinamente castiza, sabrosamente arcaica muchas veces, se oye la voz moderna: el neologismo y la voz evolucionada. El campesino del Bajío, andaluz cantador de nuestra Patria, posee el don del *buen decir*, mientras que el obrero de la capital es tardo y poco pintoresco, tautológico y amante de germanías.

Y el lingüista *recoge* todos estos hechos. Y los cataloga y los estudia y nos ofrece el aspecto *total* de la vida lingüística del pueblo y deduce las leyes, fatales, necesarias, como todas las leyes físicas, que han fijado la evolución, que han hecho posible la existencia del *aspecto actual del lenguaje hispano-mexicano*, verdadera prolongación, en el tiempo y en el espacio, del idioma latino, acrecentado, *en su vocabulario*, pero sin modificación en su *esencia romance*.

III. CRITERIO LINGÜÍSTICO-GRAMATICAL

La gramática, como gramática, es una disciplina *normativa*, que debe sintetizar en leyes los fenómenos del habla, *en una época determinada*.

En rigor, toda gramática debía comprender *dos secciones*: Gramática del idioma culto, y Gramática del idioma vulgar. Sin olvidar que el lenguaje del pueblo es la *vanguardia* y el de los eruditos, la *retaguardia* del idioma.

El latín popular, que subsistió paralelamente, durante siglos, con el latín clásico, celebró las exequias de éste último y siguió su carrera victoriosa, hasta que, a su vez, fue desplazado por el romance.

El español de Alfonso el Sabio, con léxico seleccionado entre las palabras de su tiempo, con su ruda morfología y su semiáspera fonética, con su sintaxis vacilante y su ortografía caprichosa, quedó, bien pronto, a la zaga del "devenir" lingüístico del español y sólo resta como venerable monumento de una fase de la evolución hispano-latina.

El *decir* del pueblo se refleja en el *hablar* del erudito y viceversa. La corriente idiomática se detiene, débilmente, por el esfuerzo del letrado, pero

luego sigue su curso, que llega a convertirse en torrente impetuoso, que inundará y aun arrancará de raíz las últimas porciones de los vocablos no evolucionados.

En los dos extremos de la cadena lingüística de nuestro romance encontramos al latín y al español, que contienen *dos literaturas*, pero *un sólo lenguaje*, cuya existencia arranca del primitivo *indoeuropeo*, a través del *itálico*, y cuyos aspectos o fases reciben los nombres de Latín y Español, *diferenciados cronológica, topográfica y aun sociológicamente*.

La tarea del gramático moderno será, pues, tomar como fundamento a la lingüística y establecer

las normas para el correcto uso del vocabulario y sus diversos enlaces. Pero no de un modo caprichoso, sino *conforme al aspecto actual del idioma*, sin rechazar, a priori, las dicciones y los giros formados por el pueblo.

El censo de los habitantes de una nación es la lista de los ciudadanos *no muertos*. El Diccionario de un idioma, en un año o en un período determinado, es la lista de las palabras *no muertas*. Ni aun a título de homenaje deben incluirse voces que usaron los clásicos, pero que ya no usa el pueblo de habla hispana. Ni como honor póstumo se inscribe el nombre de los héroes de la Independencia en un censo de 1937.

LA CULTURA DE DON QUIJOTE Y DE SANCHO PANZA

BREVE ENSAYO SOBRE MIGUEL DE UNAMUNO

P O R V I N I C I O R . D E L A V E G A

*No es la vida lo que importa,
sino la vitalidad eterna.*
NIETSCHE.

Simbolismo y Unamuno

Précambulo

El cuerpo, contiene íntegra, el alma. La vida, muchas veces, agota el alma, vacía el cuerpo. Entonces, lo inefable, llena de infinito la secular cuenca del alma. Así eternamente, así se integran los hombres eternos. Así, de ese destilar y perderse del alma cuando el vivir la acomete, de esa entrega incesante de savia interna, nace medroso lo cabalmente inextinguible. Frente a la realidad que pasa, que baña, que daña, la cúspide del grande permanece. Y ningún límite histórico quiséramos nombrar. Rebasa pueblos, épocas y culturas. Lleva en su devenir vital esencia inmarcitable, indefinible, no característica de su tiempo, sino de lo eterno.

Sí; como planta chupa su sangre de una tal tierra. Pero mira luego, al crecer, todos los confines. Pues todo hombre, así que viva, guarda dentro, muy adentro, un apetito insaciado e insaciable de inmortalidad. Así que sabe ser una porciúncula de infinito, quiere lo interminable. Aun comprendiendo profundamente su perecer, quiere, en ese su morir, hallar la vida perpetua. Hondo misterio. Misterioso anhelo. En eso de vivir y morir, de nacer y crear, posa, por siempre, el secreto fluir de la existencia.

AÑOSO, añoso de alma; profundo, de alma insondable, Miguel de Unamuno, el hombre, intuye lo eterno, y lo expresa. Minó la vida de su ser, hasta las reconditeces de su espíritu y de su carne, un paisaje triste dejó su huella, y su fuga infinita la alegría. Por eso es contradictorio, muchas veces hombre, ¡todo un hombre! Sui generis sensibilidad para la vida. Acogedor y ríspido; gozador, e inmensamente triste. Por entré la vida, de esta vida, dijo que más que el orden, que más que la lógica, por preñado de sentido vale lo vital. El tiempo es sucesión, dirigibilidad, que con la lógica y el espacio constituye el tirano del espíritu. Más allá de esas fronteras la pulsación de lo que no acaba habita. Unamuno expresa lo eterno; pero tan real, tan palpable, tan evidentemente, que él mismo, con su carne, con su palabra, con su transitorio vivir, se trueca símbolo. Y es la finalidad del símbolo, ha dicho Antonio Caso, "expresar por medio de algo corpóreo y visible, el significado de lo incorpóreo y lo invisible". (1)

En el fondo, Unamuno, supera la eternidad. Porque la eternidad es intuición inexcutable e

(1) Oswald Spengler, sintetizando el infinito—porque el infinito deviene—, cita estas palabras de Goethe: "Todo lo transitorio es un símbolo"... ¡Goethe! ¿No suena, este nombre, inefablemente?